

La reciente designación del vicealmirante Carlos Alberto Lacoste como cuarto presidente del llamado Proceso de Reorganización Nacional desencadenado por los militares argentinos el 24 de marzo de 1976, ofrece numerosos aspectos de interés para determinar la situación en el país sureño.

Lacoste ha sido designado por sólo once días: el 22 asume el teniente general Leopoldo Fortunato Galtieri, actual jefe del Ejército. No se entiende el sentido del interinato sino como expresión de las violentas pugnas al interior de las Fuerzas Armadas, que de este modo ganan poco menos de dos semanas antes de la asunción definitiva de Galtieri.

Ministro de Bienestar Social en el saliente régimen de Roberto E. Viola, Lacoste podría implicar cierto grado de continuidad que en realidad no existe. Viola había asumido la titularidad de la Casa Rosada el 29 de marzo último, al concluir el mandato que los generales otorgaron desde cinco años antes al teniente general Jorge Rafael Videla. Una repentina afección cardíaca lo obligó el pasado 20 de noviembre a delegar el poder en su ministro del Interior, el general Horacio Tomás Liendo. Liendo duró sólo 21 días. Al hacerse visible que los militares no querían permitir el regreso de Viola al gobierno, Liendo se solidarizó y renunció, agudizando la ostensible crisis institucional que viene a coronar la mucho más abismal situación económica de la Argentina.

Galtieri debería haber sucedido a Viola normalmente en 1984, pero la situación se deterioró de tal manera a partir de abril, con un fenómeno de recesión y desempleo nunca antes visto, que las bases sociales mínimas del proceso se adelgazaron hasta casi lo inexisten-

te. Si la enfermedad de Viola no se hubiera producido, de todos modos no se entiende cómo podría haber subsistido el melancólico paso de Viola por el gobierno. La coyuntura le facilitó a la junta militar (integrada por los comandantes de las tres armas) la oportunidad de deshacerse del infortunado presidente.

Pero no todo ha sido ni tan simple, ni tan previsible. En las fuerzas armadas argentinas se ha producido una agudización increíble del proceso de corrupción moral desatada a partir de 1975 por la lucha contra la guerrilla. El vaciamiento ideológico que sucedió a la derrota de aquellas organizaciones nunca más pudo ser reemplazado ni por políticas ni por místicas valederas. Ya la gestión de Viola comenzó con serios cuestionamientos internos y la evidente marginación de la Marina.

En la reorganización propuesta en 1976 los militares enfatizaban el caos en el cual se sumergió en su última etapa el gobierno peronista, originariamente surgido de las elecciones de septiembre de 1973. Sin embargo, la experiencia demuestra que los generales no han conseguido establecer al interior de las tres armas siquiera una estabilidad y una previsibili-

Argentina

Cuarto presidente militar: sabe de futbol

José Ricardo Eliashev

dad como las que sus colegas brasileños han logrado consolidar desde marzo de 1964.

Ahora son visibles la fragmentación, las luchas personales, el papel desenfadado de las ambiciones y, sobre todo, la total carencia de un proyecto nacional unificador y creíble. A casi seis años del golpe antiperonista de 1976, el deterioro de la experiencia castrense es tan visible que no requiere mayores abundamientos y en ocho días más Galtieri habrá de ser el quinto presidente de un proceso que se diagramó como supuestamente ordenado y en el cual los intereses del conjunto prevalecerían sobre los parciales. Decían luchar, en 1976, contra corruptos y subversivos, pero el vacío político al cual se abocan al cabo de 68 meses es insólito. Viola asumió en marzo en medio de una indiferencia popular notable y Liendo y Lacoste han ingresado a la Casa Rosada con la misma repercusión con la que un mensajero es contratado por una compañía de cuarta categoría.

Desprovisto de herramientas de movilización y lucha, el pueblo argentino sólo atina a tratar de protegerse ante una ofensiva económica que ha mordido su ya precario poder adquisitivo. La indiferencia ante el proceso

institucional de pugna entre los generales no es nueva: ya en 1962 y 1963, cuando los militares combatían a balazos en las calles de Buenos Aires para dirimir sus siempre faraónicas ambiciones, los argentinos consignaban sus pasiones al futbol y a la familia, hartos de la simulación de los salvadores de la patria.

Ahora, la crisis ha acentuado el descreimiento y la apatía y por esa herida es que sangra un país en el cual, día a día, centenares de sus habitantes parten rumbo a tierras más prometedoras.

Ominoso acontecer, y poco propicio para imaginarse futuros venturosos, lo más significativo de la coyuntura actual es la aparente inexistencia de opciones, el ensimismamiento de la gente, la voluntad de luchar bloqueada o en parte anestesiada por estos seis años de horror. Las divisiones del peronismo, cuya unidad es la clave para que el movimiento popular se reincorpore, aseguran un alto grado de pasividad de parte de aquello que es, de todos modos, la columna vertebral del combate de los argentinos. Pero el peronismo no sólo está fraccionado: está también convulsionado por diferentes visiones de país y del mundo y por las consiguientes pugnas intestinas. Más que nunca ese gigante invertebrado su dispersión y carencia de claridad, es parcialmente compensado por su enorme representatividad. ¿Alcanza eso para plantear a esta Argentina postrada una opción superadora? ¿Es suficiente para postular un orden mejor al que los militares han pergeñado luego de seis años de gestión? Las anécdotas a veces funcionan: el *presidente* Lacoste tiene en su curriculum el honor de haber organizado el mundial de futbol de 1978. Nada más.

14 de Diciembre de 1981